

Esta cosmogonía, según Sanconiaton, propende á explicar la existencia del universo por medio de causas materiales, no sin tener en el fondo cierto espiritualismo grosero. Otros hablan de un filósofo fenicio llamado Mosco, que fué el primero que pretendió demostrar el origen del universo por medio de la combinación de los átomos.

Dioses.

La religión popular ofrecía en Fenicia, como en Asiria, una sucesión de Baales y de otras divinidades en relación con los astros. Baal, Saturno Fenicio, tenía dos ojos en la frente y dos en la nuca, dos abiertos y dos cerrados; á la espalda cuatro alas, dos desplegadas y las otras recogidas, y otras dos en la cabeza. Decíase que había inmolado por la salud común á su propio hijo Jeud, y por eso se le ofrecían cruentos sacrificios, y principalmente se le consagraban los niños, pasándolos por el fuego, ó arrojándolos á la hoguera que ardía en el pecho de la estatua que lo representaba (1).

Al dios varón, como en todas las religiones orientales, asociaban la hembra Astarté ó Vénus, que en Biblos recibía un culto obscuro, mientras que en otras partes sus altares eran contaminados con sangre. Decían que Astarté, deseando recorrer la tierra, se puso una cabeza de toro, y consagró en Tiro una estrella caída del cielo; mito astronómico, que indicaba la conjunción del planeta Vénus con la luna, la cual asciende al signo de Tauro precisamente cuando Vénus está en él.

Su amante era Adónis, ó sea el Señor, y cuando al fin de junio se presentaba el río Adónis, como aun se presenta, teñido del ocre que arrastra en sus crecidas, se decía que tomaba el color de la sangre del amante de Vénus, que había muerto en el Líbano. Entonces los Fenicios le tributaban sacrificios fúnebres, y se azotaban hasta que brotase la sangre; las mujeres principalmente prorumpían en llanto, y se cortaban la cabellera, homenaje del cual solo podían redimirse prostituyéndose y ofreciendo al templo el precio de su prostitución. Estas adonias, no extrañas á la tradición de Osiris, se propagaron bastante; las encontramos en Antioquia á orillas del Oronte, en Alejandria de Egipto, en Atenas, en Chipre, en Argos; y Teócrito y Bion nos hablan como testigos de la magnificencia de aquellos ritos y del muelle dolor que presidía á su celebración (2).

Se veneraba en Azot á Dagon, y á Derceto en Joppe; pero no sabemos cómo llamarían los Fenicios á su Neptuno, en cuyo honor se arrojaban muchas víctimas humanas á las ondas.

Siete Cabires (3) ó Patecos eran sus dioses

(1) EUSEBIO; *Præp. evang.* lib. I. capítulo último. *MINUTIC. in Octav.*

(2) TEÓCRITO, XV; BION I. Notorio es cuán solícitos anduvieron el legislador y los profetas hebreos para alejar de su pueblo aquel culto obscuro; la maldición lanzada sobre la descendencia de Cam, por haber descubierto la desnudez del padre, debía retraer á los hebreos de la adoración del Falo.

(3) Este nombre viene ó de *zázery* quemar; ó de *cabirim* que en persa equivale á fuertes; ó del hebreo *chalerim* los asociados. *Kibir, Qbir* en maltes quiere decir el diablo.

protectores ó fuerzas elementales, á los cuales se agregaba Esmun, dios de la medicina, á cuyo templo de Berito iban á dormir los enfermos (1), y obtenían curas milagrosas. El padre de estos era llamado Sydyk, principio del fuego; sus imágenes se llevaban en los buques, y acaso fueron los Fenicios los que trasladaron el culto de este dios á Samotracia.

El mayor de sus dioses era Melcarte ó rey de la ciudad, especialmente venerado en Tiro, cuya prosperidad le dió la primacía sobre todos los dioses fenicios. El culto de este Hércules se trasfirió adonde quiera que se establecían colonias fenicias, y era el lazo de unión entre ellas y la madre-patria. Los Cartagineses enviaban á su templo el diezmo de las rentas públicas, cuando al entrar la primavera acudían allí los Téoros de todas las colonias. En todas estas se encendía cada año un gran fuego, desde el cual echaban á volar un águila, escena que los Griegos imitaron en el monte Ota, y que adoptaron los Romanos en las aduladoras apoteosis. Todavía subsisten en Malta las ruinas del templo de Melcarte; pero ninguno igualaba en esplendor al de Cádiz, donde no había otro simulacro mas que la llama.

Entre las pruebas que tenemos del gran poder de los sacerdotes, podemos citar el hecho de haber sido el pontífice Siqueo, cuñado del rey Pigmalion; y el de haberse difundido á centenares en Israel apenas fueron allí tolerados (2).

CAPÍTULO XXVII

Comercio

Los Fenicios fueron principalmente famosos por el comercio, y ya que por culpa de los historiadores se ha generalizado la opinión de que las naciones antiguas fueron puramente guerreras y conquistadoras, nos detendremos alguntanto, á fin de mostrar la extensión y la naturaleza del comercio, uno de los mas eficaces agentes de la civilización.

Es fácil imaginar que las necesidades sugirieron el cambio mutuo; pero si interrogamos á la Historia cómo se extendió de pueblo á pueblo, cuando se sustituyeron los metales preciosos á los trueques en especie, en dónde se acuñaron las primeras monedas, y hasta qué punto cooperó el comercio á la civilización en las primeras épocas, la Historia no sabe qué responder á estas preguntas. Dejando, pues, las conjeturas, vemos que el comercio antiguo difería del moderno en que principalmente era terrestre, no porque los mares, y sobre todo el Mediterráneo, no fuesen surcados por naves, sino porque el comercio marítimo era un modo secundario, un suplemento al comercio de tierra; y así se mantuvo hasta que la navegación al

(1) A esto creo que alude Isaias en el LXV. 4, donde dice: *Populus... qui immolant in hortis... qui habitant in sepulchris et in delubris idolorum dormiant.*

(2) 1 Reg. XVIII. XXII., y aquí arriba, pág. 188.

rededor del África, y después el descubrimiento de la América, cambiaron la índole del tráfico (1).

El comercio debía dirigirse naturalmente á los países que mas producciones ofreciesen. La Europa estaba inculta en su mayor parte; y aun después de haberse poblado, poco podía ofrecer á los extranjeros, y debía limitarse al comercio de consumo; al paso que las costas de África y de Asia abrían ancho campo á las especulaciones, siendo principalmente en las orillas del Indo donde los mercaderes encontraban con qué satisfacer las exigencias del lujo y de la gula.

Los antiguos Persas, así como los modernos Árabes y Mogoles, abundaban en oro y plata, hasta el punto de emplearlos, no solamente para adornar salas y tronos, sino en los utensilios comunes. ¿De dónde los extraían? En el Asia Menor el Meandro y el Pactolo arrastraban arenas de oro, pero no parece que hubiese allí cerca minas. Escaso de estas es el Tauro hasta el sitio en donde se divide para abrazar el desierto de Cobi; del cual y de la Gran Bucaria se sacaba buena cantidad de este metal precioso. Mas rica se presenta aquella cadena siguiendo hacia Levante; pero tales parajes poco conocidos hoy, lo eran ménos en los tiempos antiguos. No ofrecían tampoco mucho oro las minas que ahora trabaja la Rusia, al otro lado del lago Baikal; pero bastante mas provenia de la Siberia; y nativo y en gruesos trozos se recogía en algunas partes de la India, especialmente en Ceilan. En cuanto á la plata, tan abundante en tiempo de los Persas, que ciertos pueblos pagaban solo en este metal sus tributos, se sacaba del Cáucaso, de la Bactriana, y aun mas de España.

Agatárquidas, según Focion, nos describe la manera de que se valían los antiguos para extraer y limpiar el oro, creyendo que eran los mas desgraciados de todos los esclavos destinados á tales labores. Primeramente con el fuego se rompía la roca donde estaba el mineral; luego se desprendían los pedazos con instrumentos de hierro ó por los brazos de los mas jóvenes y vigorosos, ahondándose así las galerías en la dirección de las vetas; cada minero llevaba en el birrete una linterna, y debía trabajar en posiciones muy penosas á gusto del superintendente, que lo oprimía y apalcaba; los niños iban á recoger los pedazos de mineral desprendido, y los sacaban arrastrando fuera de las galerías; y de allí los viejos y los enfermos las entregaban á los sobrestantes, personas vigorosas de mas de treinta años, que reducían el mineral á polvo fino, como harina de trigo; otros, por último, echaban este polvo sobre mesas lisas ó inclinadas, y vertiendo en ellas agua, lo removían con las manos para que se escapasen las partículas terrosas, y permaneciesen

(1) Además de la insigne obra de HEEREN, véanse: GATTERER, *Einleitung zur Synchronistischen Universal Historie.*

EICHORN, *Geschichte so septindischen Handels.*

las metálicas mas pesadas. Lo batían también con frecuencia por medio de esponjas que en sus poros levantaban lo que era leve y sin valor, dejando el metal en la mesa. En seguida se daba el residuo á los fundidores, mezclándolo con plomo, arena, estaño y salvado de cebada, y se cerraba todo herméticamente con almáciga: durante cinco dias y cinco noches se exponía á un fuego violento, y al sexto, dejándolo refrescar, se derramaba el contenido en otra vasija, no quedando mas que el oro, muy poco disminuido en peso, comparado con el polvo que allí se había echado.

La gema y las piedras preciosas, sumamente buscadas para adorno de los reyes y sacerdotes, y para anillos, sellos, empuñaduras, cadenas, brazaletes y hasta para arneses de caballos, se obtenían del centro del África y del Indostan, siendo siempre el Golfo Pérsico, las costas de Ceilan y de la península transgángética fecundas en perlas (1), que con su modesto esplendor adornaban á las esposas de Darío, como el cuello de Tippo-Saib cuando moría defendiendo su ciudad contra los Ingleses, y como adornan toda la persona de Rangit-Sing, rey de Lahore, cuando recibe pomposamente á los embajadores de Europa.

Aun posee el Levante las lanas mas finas, el pelo de camello y de la cabra de Angora, y un cáñamo sin igual; además del algodón y la seda, muy comun el primero, mas rara la otra, pero empleada también por los Medos para sus trajes (2). Sin contar los ganados de Arabia y de Cachemira, el Asia Menor y especialmente Mileto proveían de excelentes lanas á las manufacturas de Babilonia y de Grecia, no siendo ménos solicitadas las pieles, mas por ostentación de lujo que por abrigo.

El incienso, tan prodigado en los multiplicados sacrificios, procedía de la Arabia y de la parte de África opuesta á la entrada del Golfo Pérsico, de donde se conducía á la Fenicia ó por este golfo á Babilonia y al interior del Asia, con los demas perfumes de aquellos países. La canela que, lo mismo que la pimienta, es hoy fruto exclusivo de la India, parece que también se daba en la Arabia. El antiquísimo libro de Job hace ya mención del comercio de las Indias y de sus telas de colores (3).

Estos eran los principales objetos del tráfico antiguo; pero las larguísimas distancias, los desiertos que habia que atravesar, y las bordas

Caravanas.

(1) Los Bramanes reciben el veinte por ciento de las perlas que recogen los buzos, en recompensa de las oraciones que hacen para alejar de ellos los desastres, y principalmente los perros marinos. Y si algun buzo deja de pagar este tributo, no puede contar con sus auxilios en el caso de que le ocurra cualquier desgraciado accidente. Antes que los Portugueses llegasen á las Indias, se hacia allí la pesca cada 20 ó 24 años, pero estos redujeron el intervalo á 10 años; los Holandeses á 7 ó 8, y ahora se verifica cada dos años, no quedando así tiempo á las conchas para reproducirse y adquirir un buen tamaño.

(2) Los pasajes de la Vulgata donde se nombra la seda, no están exactamente traducidos, pues el original no indica precisamente esta clase de tela.

(3) *Non conferetur tinctis Indiæ coloribus.* XXVIII. 16.

amenazadoras que solian encontrar en el camino, obligaban á viajar muchos juntos, á tomar escoltas de gente armada, y á socorrerse recíprocamente. Cualquiera que fuese la razon, los grandes rios de Asia no tuvieron al principio para los trasportes la importancia que adquirieron los nuestros de Europa; al paso que desde los tiempos mas remotos, y apenas hubo sujetado el hombre al camello y al elefante, encontramos las caravanas (*kier-vanes*). Como estas eran numerosas, convenia determinar los puntos de reunion, y escoger igualmente los lugares mas favorables para las compras y las ventas: los rios, las fuentes, los bosquecillos, los oasis marcaban el camino y los puntos de parada, ya para el descanso, ya para almacenes y mercados. En Asia, donde atravesaban países civilizados, se dispusieron caminos y paradores, ó como hoy dicen *caravan-serrallos*, fabricados y conservados á fuerza de dispendios y esfuerzos propios de aquellos gobiernos despóticos, que sobre un solo punto concentraban la actividad de un pueblo entero. Herodoto nos describe los de los Persas, no de diverso modo que Marco Polo los de los Mogoles, siendo despues de Mahoma una obra meritoria el multiplicarlos.

Á la manera que en la edad média, faltando toda seguridad, reunian los frailes en torno de su convento el tráfico escaso, protegiéndolo con la inmunidad del santuario, y fomentándolo con la concurrencia á las fiestas, así en los antiguos siglos vinieron á ser los templos ocasion y patrocinio del comercio. Las festividades anuales servian de punto de reunion á los negociantes, que asociados allí emprendian sus viajes, deteniéndose en los diferentes santuarios, adonde coincidia su llegada con épocas solemnes; de modo que allí encontraban la gente que por devocion habia concurrido, y por tanto mayores ocasiones de compras y de cambios, ¿ Cuántas necesidades, cuántas comodidades no satisfacian de este modo los pueblos situados en el camino de las caravanas, permutando las mercancías interiores con las de los extranjeros? Las poblaciones limítrofes que concurrían á los *caravan-serrallos*, aumentaban las comunicaciones y las ventajas que reporta el hombre aproximándose á sus semejantes; los mismos nómadas se interesaban por los traficantes, suministrándoles camellos, y frecuentemente sirviéndoles de guías: las posadas, los puntos de partida y llegada, los caminos, todo estaba de antemano determinado. En el sitio en donde se establecian los mercados, las tiendas móviles se convertian en edificios; cada año se aumentaban las caravanas, los compradores, las posadas y los almacenes; se formaban caseríos y ciudades, y en ellos el lujo y la abundancia fomentaban las artes y la industria, los bienes y los males de la civilizacion. De esta manera se hicieron cada vez ménos variables las vías del comercio terrestre.

Debía quedar este interrumpido ó desviado por las frecuentes revoluciones de los imperios;

pero los nuevos conquistadores, comprendiendo las ventajas que proporcionaban las caravanas tanto á los particulares como al erario, al cual ofrecian tributos y donativos, se apresuraban á restablecer con la quietud y la seguridad de los caminos la circulacion de la riqueza.

Puede decirse que el comercio antiguo solo se extendía á géneros, limitándose á satisfacer las necesidades y el lujo, y á buscar las primeras materias, para venderlas ó cambiarlas despues de elaboradas por la industria. La permuta era la forma mas usada, y aun cuando se adoptaron los metales preciosos como medida de los valores, se calculaban estos mas bien por peso que por monedas. El comercio del dinero, ahora tan importante, no pasó de la infancia entre los Fenicios, los Persas y los Hebreos; y si en Atenas, en Alejandria y en Roma hubo despues cambistas y banqueros, parece que ignoraron acaso del todo las letras de cambio y los giros (1), sin lo cual no puede obtenerse la necesaria circulacion; ni tampoco existieron crédito público, ni prontas, seguras y frecuentes transmisiones por medio de correos.

El principal medio de transporte era el camello, por lo cual las caravanas limitaron sus excursiones á los países donde se crian estos animales; pero por prodigiosa que sea la fuerza de estas naves de los desiertos, apenas bastarian ciento para llevar la carga de un buque de gran porte de los modernos. Debía reducirse por tanto el comercio á géneros de poco volumen; y por ejemplo, aun cuando el arrozera conocido en Europa no se conducía sino en pequeñas cantidades, como lo manifiesta la circunstancia de que en las tarifas de las ciudades lombardas del siglo XIV se le considera como una droga, y en efecto era vendido por los especieros. Calcúlese cuánto costaría el nitro y el azúcar si por tierra nos debiesen llegar de Bengala. Abundaban en grano las costas de África y Egipto, y no obstante, en vez de enviarlo fuera, debían acumularlo en los almacenes, hasta que el exceso del hambre obligaba á los extranjeros á ir en su busca. También era escaso el comercio del vino que exige carros y buenos caminos; además de que la Europa Meridional, que ahora produce la mayor cantidad, apenas cultivaba entonces las vides, y los países á que lo negó la naturaleza no lo bebían. Los aceites, empleados en lugar de la manteca y en tantos otros usos por los antiguos, eran de ménos difícil conduccion, pero en general se prefería llevar especias, incienso, telas finas, pedrería, metales, y cuanto en poco volumen contiene gran valor.

Los intérpretes y corredores que hallamos en Egipto, nos muestran cómo las diversas clases de personas contribuían al tráfico; pero no se crea que entre los antiguos existía la subdivision del trabajo que se advierte entre los modernos. Actualmente puede el negociante, vi-
viendo con comodidad en su palacio de Londres

(1) Véase nuestro Libro XIV.

ó de Amsterdam, traficar con los dos mundos por medio de factores, comisionados y correspondientes; entonces, por el contrario, tenia necesidad de emprender en persona largos viajes, siendo el propietario de la nave y capitán de la caravana.

He dicho también de la nave, porque no debe deducirse de lo que precede que no hubiese comercio marítimo. En breve nos demostrará lo contrario la historia de los Fenicios; pero puede decirse que este comercio se reducía al de cabotaje, ó sea á correr de uno á otro puerto, de uno á otro cabo, sin aventurarse á salir á alta mar. Sin embargo, no los contenía tanto la falta de la brújula, cuanto el ignorar que existiese un continente allende el Océano. ¿ A qué engolfarse mar adentro sin objeto? Por esto hemos dicho (1) que en el descubrimiento de Colon, no fué de tanta importancia el descubrimiento de un país nuevo, como el haber dado un nuevo impulso á la navegacion; sacándola de sus estrechos límites primitivos para lanzarla á la inmensidad del Océano.

Pero los que conocen el mar saben cuán ardua es la navegacion de las costas, y cuánto enseña á los marinos: con esta puramente consiguieron los Portugueses doblar el Cabo de Buena Esperanza; ella bastó á los Normandos en la edad média para recorrer toda Europa, y en la actualidad la pesca de Terranova y el transporte del carbon fósil son la verdadera palestra de la marina inglesa. Los tres continentes conocidos de los antiguos están de tal modo próximos, que pasando de costa á costa puede visitarlos el amor al lucro ó á los descubrimientos. Además abraza interiormente dos grandes mares: el Mediterráneo, que se comunica con el Mar Negro, y el Océano Indico, que se une con los Golfos Árabe y Pérsico. El primero, rodeado de las tierras mas fértiles y mejor cultivadas, sembrado de islas, poco combatido por las mareas, facilitó la comunicacion entre los tres continentes; en el Océano Indico la poca distancia de las costas, las muchas islas y la regularidad de los vientos que soplan en períodos determinados facilitan la navegacion; los vientos del Sudoeste, que reinan desde mayo á octubre, llevaban los buques desde las riberas africanas á las del Malabar y de Ceilan; y el viento del Septentrion, que en aquellos mismos meses domina en el Golfo Árabe, los impelia por el estrecho de Bab-el-Mandeb; entrado luego el invierno, los vientos del Nordeste en el Mar de las Indias, y los del Sur en el Golfo Árabe favorecian el retorno.

La estabilidad, que segun hemos dicho conservó el comercio en sus trayectos, nos da el medio de determinar su itinerario. Babilonia á orillas del Eufrates, Bactra y Samarcanda en las márgenes del Oxo, y las costas del Mediterráneo y del Mar Negro, parecían designadas por la

(1) Véase nuestro Discurso sobre la Historia univ. p. 23, y para todo el resto el citado HEEREN.

natureza para emporios del comercio, y de allí partían y allí se dirigían en efecto las caravanas. Las que cruzaban entre la Arabia y la Fenicia, cargadas de los productos de la India y del desierto, descansaban en Petra, en la Arabia Septentrional, y desde allí se trasladaban al Líbano; las babilónico-persas, ó venían por la Lidia y Susa, ó desde la Fenicia, tocando en Palmira, en el desierto y en Tapsaco á orillas del Eufrates, llegaban por el Muro Medo á la gran ciudad, donde principalmente se elaboraban las materias brutas procedentes de la India; ó finalmente, partiendo de Siria, atravesaban la Mesopotamia, peligrosa por las bandas errantes, á las cuales era menester contentar con donativos, pasaban el Eufrates por Antemusia; por Babilonia descendían á Edesa, y en seguida, entre los arenales de los Chenitas ó nómadas, hacían escala en Chene, separada setenta millas de Seleucia en las márgenes del Tigris.

Esto en cuanto al Asia Occidental: por la interior iban las caravanas desde Babilonia y Susa en la India, dejando al Norte el desierto que divide la Persia de la Média; por esta atravesaban la Mesopotamia hasta Ecbatana y Rages, hacia las Puertas Caspias, hoy gargantas de Dariel (1), inevitable paso entre el Occidente y el Oriente: entonces por Hecatompila en la Partia, Alejandria en Aria, Proftasia y Ortospaña, llegaban al Indo, despues de un viaje de casi dos mil millas. Si luego querían ir desde el Asia Occidental á la Bactriana y á Samarcanda, desde Alejandria de Aria se dirigían por Maracanda al Yaxartes y á las fronteras de la Gran Tartaria. En Bactra y en Samarcanda (Gran Bucaria) estaba el depósito de las mercancías indias destinadas al Asia Septentrional; y tanto á estos puntos como á las playas occidentales del Caspio concurrían las hordas del interior como á su natural mercado; de suerte que habia una gran comunicacion y se establecian continuas relaciones entre una portentosa variedad de naciones nómadas. Además por el Asia Central atravesaba un camino, que desde las ciudades griegas situadas á orillas del Mar Negro conducía por los montes Urales hasta el país de los Agripéos ó Calmucos en la Gran Tartaria.

En cuanto al África, las caravanas seguían ya entonces el mismo camino que llevan ahora, con la diferencia de que actualmente parten del Cairo y entonces partían de Tébas, tomando por término de su viaje el Oasis de Júpiter Ammon, y recibiendo de la Etiopia ó de los nómadas los preciosos productos del interior de aquella península para llevarlos á las orillas del Nilo ó á las playas del Mediterráneo (M).

Los Fenicios comenzaron sus expediciones por la piratería. En los tiempos de la guerra de

(1) Las fábulas suponen fabricada aquella fortaleza por una mujer llamada Daria que allí despojaba á los pasajeros, gozaba de su amor, y despues los arrojaba al Terek. Klaproth, que tan ingeniosas explicaciones nos ha dado sobre el Cáucaso, cree derivado el nombre de Dariel del tártaro *dar iol*, que significa camino angosto.

Mer-
can-
cia.

Marino.

Camino
de
las
caravanas.

Perso-
nal.

Comer-
cio
fenicio.